

No esta aquí... Irá delante de vosotros a Galilea, allí lo veréis (Mt. 28, 6-7)

A menudo pensamos que evangelizar es dar a los otros lo que no tienen, lo que les falta como si de un lado rebosase, y del otro hubiese un vacío que llenar. En este sentido, lo que hacemos es tratar de que los otros cambien, que se conviertan a nuestras convicciones, que se hagan como nosotros y crean como nosotros. Nuestro objetivo, entonces, es pasar el mensaje, a veces contra viento y marea, superando todos los obstáculos personales o culturales que se presenten. Así, la evangelización se concibe como una conquista del otro, como una expansión de la Buena Noticia a partir de nuestro testimonio ¿Es así como se realiza la evangelización?

Las palabras del ángel en la mañana de pascua nos invitan a situarnos en otra perspectiva. No esta aquí dice el ángel; no está en vuestras manos, no podéis tocarlo; pero id, lo encontraréis en otro sitio: en medio de la gente; él va por delante. Hoy, lo mismo que ayer a las mujeres que iban la tumba, este mensaje del ángel nos descoloca. La evangelización no consiste, como a veces creemos, en transmitir a los demás una Buena Noticia perfectamente acabada cuya posesión garantizaríamos nosotros. Consiste, más bien, en ir hacia los otros con la esperanza de poder descubrir con ellos, donde están ellos, en el corazón de su misma vida, las huellas del Resucitado que siempre nos precede, que ya está allí de incógnito. Desde este punto de vista, nosotros no les aportamos una gracia de la que ellos carezcan: la gracia de Dios ya está allí, el Espíritu de Cristo resucitado ya ha sido esparcido sobre toda carne. Nosotros no aportamos nada nuevo, sino tan solo una palabra que invita descubrir y reconocer lo que ya está secretamente ofrecido en lo más íntimo de cada uno. En efecto, ¿acaso el camino de la fe no es siempre una relectura de la vida para descubrir en ella nuevamente, es verdad lo que ya estaba dado?

Eso es al menos lo que dicen los convertidos cuando hablan de su proceso de fe: Estaba allí presente en mi vida; entonces no lo sabía, ahora lo reconozco. Todo el arte de evangelizador consiste en ayudar a este reconocimiento, discernir y señalar con el dedo la presencia del Reino en las personas y las situaciones, incluso allí donde menos se lo esperaba.

Esta manera de ver no quita nada de fuerza a nuestras convicciones, pero si nos invita a ser muy humildes a la cercanos al otro. No nos acercamos a él con el fin de ganarlo para nuestra causa ni al objeto de darle lo que no tiene, sino para reconocer con él, en su vida, la presencia de Resucitado de un modo que puede sorprendernos incluso a nosotros mismos. De la manera, también manera, también nosotros recibimos de aquellos a quienes evangelizamos el testimonio de la acción de Dios en ellos. En este sentido, la evangelización es siempre recíproca; es un testimonio que se da y que, a su vez, suscita un testimonio que se recibe, Nunca se insistirá suficientemente en que somos evangelizados por aquellos a quienes evangelizamos.

Pero, concretamente, ¿Cómo actuar?; ¿Cómo entrar en ese movimiento de evangelización recíproca? He aquí dos actitudes prácticas: **ARRIESGARSE** A la acogida en lugar ajeno y entrar en su conversación. Veámoslo brevemente.

En nuestras comunidades cristianas, a menudo pensamos que tenemos que ser acogedores. Entonces organizamos estructuras de acogida y abrimos de par en par las puertas, esperando que vengan los demás a buscar en nuestra casa lo que no tienen en la suya. Pero organizar así la acogida, ¿no es situarse subrepticamente en una posición de superioridad y colocar al otro en situación de inferioridad? Por un lado los ricos que dan; por otro, los pobres que reciben. Conforme al Evangelio, ¿no habría que invertir la lógica: NO TANTO QUERER acoger al otro cuanto dejarse acoger por él, confiando en su propia virtud de hospitalidad, en sus propios recursos y fuerzas vivas? El Evangelio no nos dice "sed acogedores", sino que nos invita a arriesgarnos a que sea el otro quien nos acoja, y nos acoja en su sitio. El mismo Jesús no tenía dónde reposar la cabeza; es decir, que continuamente, de pueblo en pueblo, era recibido en casa de otros. Cuando se encuentra con Zaqueo, Jesús se invita a su casa: "Zaqueo baja pronto, por que conviene que hoy me quede yo en tu casa" (Lc. 19,5). Del mismo modo, cuando envía en misión a sus discípulos, los confía a la hospitalidad de todos y todas con quienes se encuentren en el camino: "Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí" (Mc 6,10) "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe" (Mt 10,40). La evangelización comienza, pues, por hacer honor al otro confiando en su propia capacidad de acogida. El Evangelio nos invita incluso a inclinarnos preferentemente hacia quienes parecen ser más ajenos a lo ético y religiosamente establecido. Arriesgándonos a dejarnos acoger en su casa, nos sorprenderá sin duda, en contra de nuestras expectativas, su capacidad de comprender y reconocer la Buena Noticia. Ésta fue, por otra parte, la experiencia del propio Jesús: "Ni en Israel he encontrado una fe tan grande" (Lc 7,9). "También éste es hijo de Abraham" (Lc. 19,9). "Los publicanos y las prostitutas llegan antes de vosotros al Reino de Dios" (Mt. 21,31). Bien entendido que esta llamada del Evangelio a correr el riesgo de dejarnos acoger por el otro no resta nada a la exigencia de nuestras comunidades de ser ellas mismas acogedoras; pero entonces se dará un movimiento recíproco de hospitalidad. Toda hospitalidad que se ofrece es una llamada a una hospitalidad recibida, pero esta vez sin superioridad ni inferioridad por parte de nadie, ya que unos y otros dan y reciben.

Más concretamente aún, arriesgarse a la acogida del otro es entrar en su conversación, como el mismo Jesús en el camino de Emaús: "¿De qué discutís por el camino?" (Lc. 24,17). La primera capacidad del evangelizador es, pues, la de mezclarse en la conversación de la gente, interesarse por lo que les interesa, poder hablar de cosas normales, dejarse también interrogar.. No hay evangelización posible sin esta capacidad de diálogo amistoso, con quien quiera que sea, a propósito de todo cuanto constituye la misma vida. A veces se dice que la gente es hoy indiferente al discurso cristiano; pero ¿no será precisamente lo contrario?; ¿no será que nosotros mismos somos indiferentes a cuanto les da vida, incapaces de hablar con ellos de los que les apasiona en lo concreto de su vida, de sus diversiones, de su trabajo, de sus relaciones? La Constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II, con palabras admirables, no indica el camino a seguir: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (LG 1). El mensaje cristiano, en efecto, no se sitúa en una esfera espiritual separada y por encima de la existencia. Al contrario, nos invita a apasionarnos por todo lo humano, a vivir con simpatía y compasión en medio del mundo y en todas las circunstancias, dulces o amargas. En medio de la vida, en todo cuanto es objeto de conversación, de discusión, de narración, es donde se dejan ver las huellas del Resucitado. Allí donde El nos precede.

Por André FOSSION